

## **DE FANTASMAS Y ESPERANZAS**

La vida de María desde hacía algunos años se había reducido a dos actividades, rezar y recordar. La primera, obedecía a un ancestral mandato tanto familiar como social, mientras que la segunda le brindaba un permitido placer, seguramente el único que sin culpa haya tenido.

La progresiva pérdida de la vista, más una maltrecha salud, convirtieron a esa adorable anciana en la reclusa amada de sus hijos, para ellos tenerla en sus casas era un pago decimal de lo que habían recibido de su madre.

Independientemente de la casa en la que se encontrara, era visitada casi a diario por su descendencia. Ciertamente es también que en los 70 la idea de una familia unida era mucho más fuerte que 50 años después. Posiblemente porque la vida era más relajada o las costumbres más arraigadas. Pero haya sido por lo que fuera, esa minúscula mujer de pronunciadas arrugas al final de su vida cosechaba a diario el amor que supo sembrar.

Lamentablemente para mí, un niño de 6 años, visitar a su abuela siempre en cama u ocasionalmente sentada no estaba entre sus salidas preferidas, todavía hoy en mis recuerdos, sigue presente el sentir frente a aquella dama. La impresión de ver esos ojos blancos sin luz. La confusión por ese extraño acento, todavía en mis oídos esta su “venga con su sete mojito”. O el esperado premio, esos caramelos rellenos con dulce frutal.

Lo cierto era que para mí, el menor de los nietos, era genial visitarla, escuchar las historias de mi familia, en boca de mis tíos o primos me llenaba de felicidad.

El último recuerdo que de ella tengo, fue en su velatorio, y resultó ser una lo que trajo magia a mi vida. Como si fuera hoy el recuerdo sigue firme en mí. Todavía las voces las suaves voces de mis tías hablando casi en secreto.

- Un rato antes de irse, me pidió que la vistiera bonita.
- ¿Qué raro, por qué la mamá te pediría algo así?
- Porque me dijo que cuando el Humberto fue a visitarla, en la mañana, le pidió que se vistiera bonita, porque la iba a llevar con él.

En ese instante pude ver las lágrimas en los ojos de mis tías al escuchar la historia.

Y ese, fue el primer momento de algo parecido a la felicidad que tuviera por entonces.

El Humberto, era mi padre, que hacía más de 7 meses había fallecido, hecho del que por piedad, jamás su madre tuvo noticia.

Lo que posiblemente fue una alucinación de una vieja, que extrañaba profundamente al hijo que ya no la visitaba. Para mí fue la prueba contundente que mi papá seguía conmigo.